

José Luis Nogales Baena (ed. y coord.) y Mónica Braun (coord.): *Obras completas de Juan Manuel Torres, Tomo 1. Cuentos y relatos*. México: Nieve de Chamoy—Instituto Veracruzano de la Cultura—Universidad Veracruzana, 2020.

El narrador-protagonista del cuento “El viaje” —relato emblemático de Juan Manuel Torres recopilado en el primer tomo de sus obras completas—, tras pillar a través de un agujero un escenario de sadomasoquismo en un lugar llamado LUGAR en el Berlín de la posguerra, desciende en unas escaleras de caracol y se halla solitario en una sala de espejos retorcidos de feria. Esta figura de una decadencia enfermiza, de soledad y desamor profundos, verbaliza la razón de su neurosis: “Andamos inútilmente en busca de un rostro” (164). Este viajero alegórico sometido a una búsqueda casi mítica, propia de los héroes andantes, se presenta como un hombre que ansia su salvación ante una carencia crónica. El hombre de los espejos no deja de preguntarse que, frente a tantos reflejos falsos y retorcidos, ¿dónde se vislumbra el rostro veraz de sí mismo y del Otro? La tematización de la búsqueda por la subjetividad perdida, careciente o quizás ni siquiera existente de este personaje —que por cierto se llama Juan Manuel Torres— ocasiona que José Luis Nogales Baena, editor y coordinador, junto a la coordinadora Mónica Braun, de esta edición crítica de los cuentos y relatos de Torres, establezca en su prólogo titulado “Introducción: Juan Manuel Torres amanece de nuevo” como primer postulado lo siguiente: se debe a Torres “una de las obras pioneras en explorar (y explotar) en México la hoy tan estudiada cuestión de la autoficcionalidad” (25).

¿Quién es este mexicano, pionero de un género que ni siquiera se conceptualizó hasta una década tras la creación de su obra y que la posterioridad etiquetaría como autoficcional? Juan Manuel Torres (1938, Minatitlán, Veracruz—1980, Ciudad de México) fue escritor, cineasta y ensayista que realizó el grueso de su obra literaria en los sesenta, de los cuales pasó seis años en Polonia. En esa época dedicó gran parte de su afán cuentista a eternizar el ambiente de la Europa Central y del Este de la posguerra, que le embrujó completamente. Este amor marcó su carrera artística y dejó un tinte extraordinario en sus cuentos polacos. El citado cuento es el texto clave de *El viaje* (1969), su único libro de cuentos, que ambicionaba encapsular las vivencias de un mexicano en el extranjero. La breve obra literaria de Torres abarca también cuentos misceláneos, que se publican en la presente edición, bajo el título “Diez cuentos sueltos”. El autor compuso además una novela, *Didascalias* (1970), y un ensayo titulado *Las divas*, que tematiza el arte, el cine y el amor, motivos constantes de su narrativa.

Fuera de la propuesta de investigar con más profundidad la obra del veracruzano dentro del marco teórico de la autoficción, otra proposición que se enuncia en la “Introducción” es que “la obra escrita de Torres, en su conjunto, queda imprescindible para reconstruir el panorama literario de los años sesenta en México y, en particular, para interpretar y la sensibilidad estética del grupo del medio siglo” (23). A este conjunto de escritores pertenecían, entre otros, Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Sergio Pitol y José Emilio Pacheco, pero también fue influido por Octavio Paz, Juan José Arreola, Juan Rulfo y Carlos Fuentes. Torres, quizás el menos divulgado entre ellos, según sostiene el editor, resulta compartir con su generación el interés por la metaescritura, el motivo del viaje interior como hilo conductor, tópico en la exploración psicológica de los personajes, la vocación cosmopolita, el experimentalismo y el alejamiento manifiesto del código realista (24). La estética literaria tan entrelazada con la de los

representantes del *boom* latinoamericano, en el caso de Torres, se rodea en particular alrededor de lo femenino, lo decadente y lo sensual-fenomenológico, exaltando lo comunicativo y lo constitutivo que pueden ser un rasgo, un gesto, una postura del cuerpo o la mirada del Otro. De acuerdo a la técnica narrativa imitativa ecléctica de Pitol (55), descrita en “El mono mimético”, el veracruzano igualmente interpreta la creación artística como la reproducción imitativa selectiva de los maestros. Las dos décadas de aprecio mutuo con sus maestros ejercieron un impacto enorme en el rumbo de sus intereses artísticos. Fuera de la intertextualidad constitutiva que guarda con ellos, como destaca Nogales Baena, su valioso conjunto epistolario con Pitol, Pacheco y Gombrowitz nos impulsa a sumergirse en los puntos de vista propuestos de la crítica literaria de su época, explorados en el segundo apartado de esta edición de sus obras completas.

Juan Manuel Torres, y con él, indirectamente sus maestros incorporados en su prosa, protagonizan la presente edición crítica de sus cuentos y relatos, una bellísima colección tanto para el intelecto como para los ojos. La primera impresión apreciable que la edición causa se debe al diseño admirablemente espectacular, sobre todo su tamaño compacto, la presencia no meramente textual, sino también visual de Torres en fotos personales e históricas, infografías, mapas, líneas de tiempo, escaneos de manuscritos y correspondencias, e igualmente son llamativas las letras capitulares figurativas que marcan el inicio de cada nuevo apartado. Así que, el tomo arranca con la “Introducción” apasionada y sumamente divulgativa de Nogales Baena que, fuera de los dos postulados arriba descritos, incluye la biografía detallada (“Una vida, un proyecto”) y la bibliografía cronológica de Torres, en las que parecen combinarse la forma de la infografía y la línea de tiempo. El editor desde los inicios establece como propósito devolver el valor y la dignidad literaria que guardan los textos de Torres, ubicar las obras ante una perspectiva cultural más amplia y, más que nada, complementar e impulsar la lectura crítica de los textos poco atendidos hasta hoy día.

El primer apartado, “Los textos”, contiene los relatos del veracruzano, repartidos en dos secciones: “El viaje” y “Diez cuentos sueltos”, respaldados por una guía práctica por parte del editor, donde propone una lectura de los textos. En la presentación de los relatos, los coordinadores de la edición desisten del orden cronológico para introducir deliberadamente al lector en la más lograda y madura prosa corta de Torres. Según reitera el editor, su libro *El viaje*, publicado en 1969, merece ser revalorado, ya que puede considerarse como un texto pionero en la literatura autoficcional mexicana, un género que ni siquiera había sido teorizado antes de 1977. El tomo se compone de cinco cuentos: “No te olvides de nosotros”, “En el verano”, “El mar”, “Para no despertar” y “El viaje”. En efecto, el tono íntimamente autorreferencial, las alusiones biográficas, las frecuentes metalepsis y la dominante voz autoral que se desenvuelven en los relatos “Para no despertar” y “El viaje” no permiten la menor duda de que se trata de un texto con rasgos autofccionales. En su prólogo, Nogales Baena llama la atención en una gradación múltiple ascendente que proporciona la dinámica esencial del conjunto, es decir, se identifica una evolución en la voz narrativa, partiendo de la modalidad impersonal de la tercera persona singular, siguiendo con el apelativo ‘tú’ y terminando con un ‘yo’ íntimamente vinculado a la persona de Torres (43). De la modalidad impersonal del primer relato, se avanza hacia lo autobiográfico y lo autoficcional, que se culmina en el último cuento: “El viaje”.

Como ya hemos precisado, esta primera colección del autor consta de cinco relatos: la abre el microcuento “No te olvides de nosotros”, seguido por “En el verano”, protagonizado

por una mexicana de antepasados polacos y que descubre por primera vez la tierra de sus padres como para poder explorar y, de inmediato, negar sus raíces, y con, ello su identidad. El tercer relato, “El mar”, es el primero entre los cuentos en explorar la subjetividad como fenómeno mutante y mimético, con una voz ya marcadamente autobiográfica y en ocasiones autoficcional, rasgo que se acentuará sobre todo en los últimos dos relatos. El narrador-protagonista de Torres, en el cuarto cuento “Para no despertar”, hace entender que su “héroe no es un ser vivo, sino uno de mis reflejos en el cristal de la ventana por la que medroso espío el mundo. [...] Pero tratar de precisarlo sería un error” (119).

En lo que sigue, el tomo exhibe “Diez cuentos sueltos”. Este apartado, dedicado a la ficción tentativa de Torres, abarca los cuentos mexicanos “Él estaba de espaldas” (1961), “¡Donde tú estás!” (1961), “Desde la tierra” (1962), “Esta misma noche” (1962), “¿Ha practicado usted la licantropía?” (1962), “Invitación al crimen” (1962), “Los primeros días” (1963), y otros ya compuestos en Polonia, como “El muchacho que mató a la luna” (1963), “El hombre que enloqueció de amor” (1964-1967) y “Al principio de primavera” (1969). En los textos de esta sección, partiendo del mundo machista-viril de Hemingway y llegando a la bella difunta de Poe, el veracruzano tematiza diversas caras del amor y la muerte como motores de la vida apasionada, pero al mismo tiempo desgarradora. Los relatos insisten en las manías íntimas y las obsesiones que el sujeto padece por un rostro, un gesto o incluso con un rasgo del Otro. Además, aparecen otras preocupaciones suyas, como la falta de la comunicación interpersonal, la cara bestial de cada uno de nosotros, la índole obscena y enloquecedora del amor, pero estos textos primeros claramente carecen de las estrategias narrativas que singularizan los últimos dos textos de *El viaje*.

En el segundo apartado del tomo, “La crítica”, se recogen algunas críticas coetáneas al autor, así como lecturas contemporáneas de nuestro tiempo. El primer texto, escrito poco después de la publicación de “El mar”, resalta lo enigmático que le parecía a Rubén Salazar Mallén este autor, entonces desconocido: “Juan Manuel Torres, quien quiera que sea, es un cuentista que sabe su oficio y tiene una sensibilidad muy delicada y pura”, y cuya “actitud de madurez, de dominio y contención parecen indicar al mejor Pitol” (418). Julio Ortega, por falta de un concepto que hoy se denominaría *autoficción*, detalla que la particularidad de *El viaje* radica en el reconocimiento de las relaciones entre las experiencias verbales y las experiencias vitales personales (420). Además, caracteriza la prosa de Torres como un campo singular de conocimientos múltiples, o sea, argumenta que su escritura aparece como una herramienta epistémica que debe enfrentarse en cada momento con la ambigüedad del lenguaje y con las realidades múltiples. En su reseña “Pequeños infiernos”, Julieta Campos se refiere a “El viaje” como una novela que no teme expresar con la estructura “una experiencia caótica e imprecisa” (277) para transferirle al lector la intranquilidad e inseguridad que persiguen al narrador-protagonista. Según opina la investigadora sobre la esencia de la prosa del veracruzano, en todo lo vivido se halla un pequeño infierno y esperanza de salvación. En “La literatura como vivencia inmediata”, Agustín del Rosario caracteriza “El viaje”, de nuevo en falta del término *autoficción*, como “una prosa de sentido intimista” (281), escrita en forma de “monólogo intimista. Cerrado en sí mismo. Dentro de la limpieza de las propias imágenes” (282). Según la interpretación del investigador, las historias de Torres son bosquejos de una emoción, de la soledad, el abandono o el amor, evocadas por cosas cotidianas, por unos verdaderos momentos vitales que, por culpa de tenerlas demasiado cerca, se tiende a ignorar. De esta manera se lleva

a cabo el redescubrimiento de sí mismo, que se lo convierte en el objeto y el sujeto del transcurrir. A raíz de esto, el lector se enfrenta con una ficción donde el autor no se pierde en su propio texto. Miguel Donoso Pareja resalta en su reseña que los cuentos del veracruzano son piezas literarias autónomas, en cada una de las cuales Torres entabla un enfrentamiento consigo mismo y con el dilema de “vivir hoy y sin más”, o bien con el de vivir siempre para más aun en plena conciencia de que quizás no se vivirá mañana (286).

En el apartado “Lecturas contemporáneas” se reproducen, además de un estudio de Héctor Perea de 1998, tres ensayos escritos expresamente para la presente edición crítica. Al principio, Perea es más divulgativo que crítico: proporciona una síntesis de los hitos de la biografía de Torres, sus contribuciones literarias y cinematográficas y los entornos culturales que condicionaron su obra, tales como las revistas *S.NOB*, editada por Salvador Elizondo y Juan García Ponce, y *Nuevo Cine*, que recopilan textos de jóvenes escritores críticos de la época. En la segunda parte de su estudio, Perea detalla su visión acerca de *El viaje* en que, como señala, el autor articula expresamente su gusto por ciertos autores, como Robert Musil, Bruno Schulz, Machado de Assis, Sergio Pitol y, de forma indirecta, Pacheco, Elizondo y García Ponce, con los que “compartió intereses literarios, artísticos y vivenciales” (302). Por su parte, José Luis Martínez Suárez caracteriza la obra narrativa del veracruzano como una “cartografía de un naufragio”, trazada por un melancólico hombre arquetípico, hundido en sus frustraciones, fracasos y desastres personales: un viajero sin rumbo alguno, pero que nos enseña seguir adelante, aunque sea nuestro destino el fracaso o la pérdida. El investigador establece, además, analogías entre la producción literaria de Torres y las técnicas cinematográficas y fotográficas a las que tan a menudo se recurría para captar y evocar sensaciones. Contrariamente a los estudios anteriores, Martínez Suárez también involucra en su análisis los demás cuentos sueltos del autor. Por su parte, en su sugestivo estudio “Lo visto y lo no visto: Juan Manuel Torres y la antimirada”, Yliana Rodríguez González abarca una de las preocupaciones más inquietantes de la prosa torresiana: “la tematización de lo visto como experiencia legitimadora del recuerdo” y el dilema epistémico de si los sentidos, y en particular, la mirada, la experiencia visual, son capaces de percibir, captar y hacer entender la realidad en su totalidad. La investigadora sugiere que el emparejamiento entre imagen y recuerdo es un elemento muy habitual en la cuentística del veracruzano, que identifica la legitimidad y fiabilidad de la memoria a través de lo visto y lo no visto como motivos recurrentes. Siendo la conjunción de los dos, los conceptos de “antimirada” y “antimemoria” son temas constituyentes sobre todo de “Los primeros días”, “Al principio de primavera”, “Los primeros días”, “En el verano” y “Para no despertar”. En “Juan Manuel Torres: el viaje por la escritura”, Laura Cázares H. reflexiona sobre la dificultad de definir los relatos del autor dentro de un solo género literario, ya que, mientras que para algunos, *El viaje* es un libro de cuentos, para otros es una novela corta. Según opina José Emilio Pacheco, solo “En el verano” y “El mar” podrían considerarse como cuentos en el sentido tradicional de la palabra, en cambio, “Para no despertar” y “El viaje” se designarían como anticuentos por el rechazo explícito de los elementos formales del género. Por su parte, Cázares propone una lectura de *El viaje* como una colección de relatos integrados, tema del que desarrolla un análisis en profundidad.

Por último, el tercer apartado, que lleva por título “La persona”, presenta con un tinte íntimamente personal —de nostalgia, melancolía y afecto— los datos biográficos de Torres, evocados por las reminiscencias personales de Irma, su hermana, en una entrevista realizada

por Mónica Braun en 2018. Claudia, su hija nacida en Polonia, también comparte con el lector sus mejores recuerdos vinculados con su padre, al que debe su afán por la lectura, sobre todo de literatura norteamericana, inglesa y latinoamericana. El tomo se cierra con un breve recuerdo personal de Julio Ortega sobre un encuentro que tuvo lugar entre él y Torres. Se halla en las páginas finales una vistosa línea de tiempo diseñada por Mónica Braun que demuestra los datos biográficos y bibliográficos del autor puestos en relación con los acontecimientos históricos mundiales más significativos de su época.

Además de divulgar y hacer entender en su profundidad la obra cuentística de Juan Manuel Torres, este tomo demuestra un equilibrio esencial entre lo personal, lo literario y lo cultural, que es quizás uno de los logros más significativos de la edición. José Luis Nogales Baena y Mónica Braun tienen como propósito reeditar la obra completa de Torres, incluyendo no solo sus cuentos, su novela y sus ensayos, sino también piensan realizar ediciones críticas de sus traducciones del polaco, de su conjunto epistolar e incluso de los guiones de cine que han sobrevivido. El editor afirma que, en cierto sentido, este proyecto pretende ser una “edición de rescate”, un “acto de justicia” (28) y homenaje a una creación relegada injustamente al olvido. Esta intención reivindicativa y divulgativa va de la mano con una diligencia filológica, con un cuidado y respeto extraordinarios por los textos de Torres para poder conservar y presentarlos en su mejor versión posible. Reivindicar los escritos olvidados del veracruzano es imprescindible, puesto que “no han sido suficientemente atendidos, reconocidos y disfrutados”, por lo que se anhela dar fuerza y sentido “a la cosmovisión artística de su autor” (15). “Ardiendo en su propio fuego” —a decir de Pacheco—, eclipsado y olvidado por décadas, Torres “amanece de nuevo” (13) en este proyecto, que le otorga su debido lugar en la literatura mexicana.

Judit Spisák

Universidad Eötvös Loránd

judit@spisak.me

DOI: <https://doi.org/10.24029/lejana.2022.15.3562>

Recibido: el 15 de enero de 2022

Aceptado: el 22 de febrero de 2022

Publicado: el 25 de febrero de 2022

© Judit Spisák



<http://ojs.elte.hu/index.php/lejana>

Universidad Eötvös Loránd, Departamento de Español, 1088 Budapest, Múzeum krt. 4/C